

Bases antropológicas de la devoción a la Cruz de Caravaca en América Hispana

José Antonio Melgares Guerrero

Cronista Oficial de Caravaca de la Cruz

Resumen: El conocimiento, devoción y culto a la reliquia de la Cruz de Caravaca en la América Hispana fueron llevados hasta el otro lado del Atlántico por los misioneros franciscanos, jesuitas y carmelitas (además de ciertos laicos), que habían conocido durante su estancia en los respectivos conventos caravaqueños los rituales ancestrales con los que las gentes de la tierra lucharon contra los elementos naturales incontrolados que amenazaban su economía.

Abstract: The knowledge, devotion and cult to the relic of the Holy Cross of Caravaca in Spanish America were taken (to the other side of the Atlantic) by the Franciscan, Jesuit and Carmelite missionaries (in addition to certain lay people), who had known during their stay in the respective convents in Caravaca the ancestral rituals with which the people fought against the uncontrolled natural elements that threatened their economy.

INTRODUCCIÓN

La invocación a la Cruz de Caravaca en momentos en que los elementos naturales acosan enfurecidos a los seres vivos es tradicionalmente inmemorial, quizás por extensión local, a la invocación general a la Cruz de Cristo que los primeros cristianos hicieron, tras recordar los fenómenos meteorológicos y el temblor de

tierra que, según narran los evangelios, se produjeron simultáneamente a la muerte del Redentor la tarde del primer Viernes Santo de la Historia¹.

Como se sabe, la presencia de un trozo de la Cruz de Cristo en la ciudad murciana de Caravaca de la Cruz se remonta a la época en que la Orden Militar del Temple fue la responsable de la defensa de gran parte de la zona geográfica que hoy conocemos como «Comarca Noroeste de la Región de Murcia». Por razones que desconocemos y que, seguramente tuvieron que ver con la preservación de la Reliquia en lugar estratégico y «seguro» de la frontera, además del apoyo moral que la citada presencia suponía para los templarios, en sitio tan inhóspito y alejado, en plena frontera como digo con el reino de Granada, la Reliquia en cuestión, sin duda procedente de un troceo de la que durante mucho tiempo se conservó en la segoviana iglesia de la Vera Cruz, llegó a Caravaca para su custodia por la orden militar aludida, en fecha incierta de los años que mediaron entre 1244 y 1310 (aquella en que la mayoría de los historiadores coinciden fue entregada por el rey Fernando III al Temple, y ésta en que el Papa suprimió la Orden por razones conocidas que no vienen al caso).

La presencia de un trozo de la Cruz de Cristo en Caravaca desde época tan remota actualizó ciertas costumbres paleocristianas que habían permanecido en el sentir popular durante las épocas visigoda y musulmana, particularizando en la Reliquia Caravaqueña rituales y devociones que en origen estaban relacionados con la cruz en que murió el Redentor.

No es extraño, pues, que ciertas prácticas y rituales relacionadas con la Cruz de Caravaca (algunos de ellos vigentes hasta hace muy pocos años y otros aún en vigor), hundan sus raíces en la Edad Media o en los primeros años del Renacimiento, cuando la población, libre ya de la amenaza islámica, pudo dar rienda suelta a sus creencias y devociones populares públicamente. Es el caso de la ceremonia del «Conjuro», de la que trataremos a continuación, o la sacralización de las aguas que riegan la huerta local mediante la inmersión en las mismas del Sagrado Madero.

Las pequeñas dimensiones de la Reliquia (poco más de 20 cm de altura), su fácil reproducción en diversos materiales y tamaño, y su carga emocional tradicional, al haber sido símbolo aglutinador de voluntades semejantes en territorio de frontera, siempre proclive a la creación y difusión de romances y leyendas, motivó que principalmente los misioneros, y también los laicos, conocedores de las mismas, llevaran a las nuevas tierras de América, durante los años del descubrimiento, colonización y cristianización del Nuevo Mundo, no sólo su iconografía, sino también todo el halo de misterio y de leyenda que se conocía en torno a Ella, y que en tierras tan castigadas por los elementos naturales como son las del istmo mesoamericano y, en menor escala las de suramérica, calara con fuerza entre los indígenas, quienes muy pronto incorporaron a sus rituales propios los relacionados con la Cruz caravaqueña, unas veces desde el punto de vista ortodoxo, y otras desde la más absoluta heterodoxia.

1 Evangelios de San Mateo 27, 45-53. San Marcos, 15, 33 y San Lucas 23, 44-45.

A la Cruz de Caravaca se la invocó tradicionalmente en las tierras americanas, como en la propia ciudad murciana, cuando en el horizonte rugía amenazante la devastadora tormenta, o ante la presencia de huracanes y terremotos, y las consecuencias que aquellas y éstos dejaban a su paso². Y se la invocó a instancias, como queda dicho, principalmente de los misioneros, y también de los laicos que participaron en la conquista y cristianización del nuevo Mundo, muchos de los cuales habían permanecido algún tiempo en las casas de religión que franciscanos, jesuitas y carmelitas tuvieron o tienen en Caravaca, lo que les permitió el conocimiento no sólo de la Cruz sino de los rituales relacionados con su devoción. Por extensión y por razones de trabajo, a la Cruz de Caravaca se la invocó y tuvieron como abogada, los hombres del mar en Escombreras (Cartagena-Murcia), y los horneros y panaderos en Moratalla, Murcia y Totana.

Los jesuitas fundaron colegio en Caravaca en 1570, permaneciendo en la ciudad hasta la expulsión de la Orden del territorio español en abril de 1767. Los franciscanos lo hicieron en 1574, y su presencia se prolongó hasta la Desamortización que siguió a las leyes del ministro Mendizábal en 1835. Por su parte, los carmelitas abrieron su convento en 1586 (siendo fundación personal de S. Juan de la Cruz), estando en la actualidad en posesión del mismo. Todas ellas fueron casas de religión muy nutridas durante los siglos XVII y XVIII, albergando como colegiales y conventuales a muchos religiosos que en algún momento de su vida marcharon como misioneros a América³, los cuales llevaron, junto a muchos laicos, como digo, la devoción mencionada⁴.

Pese a todo lo dicho, dos son a mi juicio las bases en que se sustentó, principalmente, la extrapolación de la devoción caravaqueña a las tierras americanas: el «Conjuro» y la sacralización de las aguas con la inmersión de la Reliquia en el antiguo humilladero, Capilla del Baño o Templete, términos con los que se ha denominado el lugar del «Baño de la Cruz» a lo largo de la historia local. A uno y otro ritual me referiré a continuación.

EL RITUAL DEL CONJURO⁵

Como se ha dicho, el ritual del «Conjuro» fue uno de los conocidos por los misioneros que cruzaron el Atlántico para llevar la fe cristiana al otro lado del

2 MELGARES GUERRERO, José Antonio. **La Cruz de Caravaca en América**. Catálogo de la exposición «La Ciudad en lo alto». Caravaca de la Cruz, Cajamurcia, 2003. Y **Los retos del nuevo siglo**. Madrid, Asociación de Profesores Universitarios Jubilados (ASPUR), 2004.

3 RIQUELME OLIVA, Pedro. **La Murcia Franciscana en América**. Murcia, 1973. y CANDEL CRESPO, Francisco. **La Diócesis de Cartagena y la aventura de América**. Murcia, 1993.

4 VILAR RAMÍREZ, Juan Bautista. **Los Murcianos y América**. Madrid, 1992. Texto definitivo e imprescindible para el estudio y comprensión de la presencia murciana en las tierras americanas.

5 MELGARES GUERRERO, José Antonio. **El Conjuro de Caravaca**. En Rev. «Murcia» de la Excm. Diputación Provincial. N.º. 8, 1976.

mismo. La ceremonia, en la que sin duda participaron los frailes de los conventos caravaqueños en algún momento, consistía (se ha venido celebrando hasta los años sesenta del S. XX), en mostrar la reliquia de la Vera Cruz por alguno, o por los cuatro vanos de la Capilla del Conjuratorio, excepcionalmente cuando amenazaba la tormenta, y ordinariamente a las seis de la mañana y a las seis de la tarde de cada día, durante el mes de abril, y sólo a las seis de la mañana desde el 1 de mayo al 30 de septiembre de cada año. De ordinario la ceremonia tenía lugar en el «conjuratorio» o deambulatorio situado en la última planta del Santuario, alrededor de la cúpula del templo, concebido como tal conjuratorio desde su erección a partir de 1617. Tras la exposición de la Reliquia se bendecía la huerta y los campos con la misma, a la vez que el sacerdote recitaba la oración que comienza «Fugite partes adversae...». Para el conocimiento público del acto repicaba la campana del Santuario, uniéndose el pueblo individualmente a la plegaria sacerdotal con la oración cristiana del «credo».

Sería harto difícil aventurar la fecha en que esta práctica religiosa y popular comenzó a celebrarse. La primera noticia documental sobre la ceremonia en cuestión que obra en mi poder data de 1658⁶, aunque pienso que su celebración es mucho más temprana.

El documento aludido es una petición del Concejo de Caravaca al Administrador de las Encomiendas Santiaguistas, para que el Capellán de la Vera Cruz pudiera vivir en el propio Castillo caravaqueño, con el fin de «poder conjurar con rapidez las tormentas y maleficios que afectasen al campo y huerta». El Administrador, a la sazón Juan de Decubiarre, contestaba el 30 de marzo de aquel mismo año ordenando al Alcaide de la fortaleza habilitase una casa de morada al capellán que nombrara el Concejo, concediéndole un plazo de tres días para ello, y previniéndole de la sanción que el Gobernador de Caravaca podría imponerle en el caso de no obedecer la orden.

A lo largo de todo el S. XVIII, y también del XIX, son constantes las citas en los libros capitulares de la Cofradía de la Stma. Cruz referentes a la cuota que ésta había de pagar al campanero que tocaba la campana durante la ceremonia del «Conjuro». Y, con frecuencia también, aparecen últimas voluntades en testamentos de estos siglos dotando económicamente capellanías para sacerdotes caravaqueños «residentes en la villa», que asistieran a officiar esta ceremonia «en los días de nubes y tempestades».

La comarca natural en que se ubica la ciudad de Caravaca ha basado su economía tradicional en la agricultura y en la ganadería. Su climatología mediterránea continentalizada imprime carácter en el hombre de la tierra que se ve afectado, y perjudicado, por los rigores del clima, por lo que desde la antigüedad pagana el

6 Archivo Municipal de Caravaca.

amuleto y las prácticas esotéricas fueron utilizadas para ahuyentar maleficios y, en general, para librar daños o peligros a sus poseedores.

El sustantivo conjuro y el verbo conjurar siempre han estado relacionados con la superstición, pero también el diccionario los define como acto de «pedir o rogar con insistencia». Éste y no otro es el sentido que en Caravaca, cristianizado el término y significación del amuleto, hay que atribuir al conjuro. En el mismo documento mencionado anteriormente queda clara esta significación cuando al dirigirse el Concejo local al administrador Decubiarre, se le pide la presencia del capellán cerca de la Reliquia «para poder tener el amparo de la Stma. Cruz en la villa, que padece continuos estragos por estar su huerta y población en un valle cercado de inminentes montañas y no teniendo más eficaz remedio que acudir a los conjuros y descubrir las nubes, que la existencia de un capellán en el Castillo...»

No es esta la única prueba de la fe de las gentes de Caravaca en la Cruz como abogada contra los elementos que arruinan las cosechas, fe que exportaron a las tierras de América, como queda dicho, a través de clérigos y seglares que participaron en la colonización del Nuevo Mundo. Otro documento más antiguo del mismo Archivo Municipal atestigua esta tesis.

El Concejo, en 23 de junio de 1581⁷, tomó la decisión de colocar unas cruces en los montes que rodeaban la población, para evitar: «que a esta villa y su huerta vengan tempestades de piedra e otros infortunios». Estas cruces venían a sustituir a otras más antiguas que «por descuido se han perdido». El documento prosigue afirmando: «...Movidos en dicha devoción antigua, ordenaron e mandaron que de los propios se compre la madera que fuere necesaria para hacer las cruces que fuese menester para poner en dichos altos e cerros...»

La presencia de las cruces en los montes caravaqueños, formando un círculo mágico que actuaba como parapeto simbólico contra los devastadores elementos debió dar sus resultados positivos ya que, años más tarde, encontramos la misma costumbre caravaqueña, exportada desde aquí a la localidad valenciana de Ollería, donde también había surtido beneficioso efecto puesto que, en abril de 1645, el concejo de la también valenciana ciudad de Onteniente, imitando a la vecina de Ollería, adopta similar acuerdo: «a petición de muchas personas así eclesiásticas como seglares». En vísperas de la Cruz de Mayo se enviaron a Caravaca cruces hechas de madera para que fueran bendecidas el 2 de mayo de aquel año, las cuales habrían de colocarse en diversas partes del término, ya que tenían la virtud de conjurar el pedrisco. El acuerdo municipal ontenientino vino a colación por la considerable cantidad de dinero del erario público municipal que fue necesario para pagar los gastos ocasionados por los vecinos de aquella población, que habían de desplazarse a Caravaca a tal efecto, quienes aprovecharon para llevar otras cruces

7 Archivo Municipal de Caravaca. Libro Capitular correspondiente a los años 1581-1585. Fol. 14 vto.

pequeñas, de metal, por la mucha devoción que las gentes de la localidad profesaban a la Reliquia Caravaqueña⁸.

La trascendencia de los «poderes» de la Cruz de Caravaca sobre los devastadores elementos naturales, trascendieron, como acabamos de ver, los límites locales. Personalmente he podido comprobar en gran parte de las tierras de la Comunidad Autónoma de Murcia, en Cuenca y en las cuatro provincias catalanas, que la cruz de doble brazo caravaqueña ocupa un lugar destacado en la vivienda popular (en la barraca y en la casa murciana se disponía sobre la mesilla de noche, según se puede apreciar en la reconstrucción de la barraca murciana que el profesor Manuel Jorge Aragoneses llevó a cabo en el Museo Etnológico de la Huerta, en Alcantarilla). En otros lugares ocupa diversa ubicación doméstica y, al preguntar, he encontrado siempre la misma y confusa respuesta: «se utiliza cuando hay tormenta» me responden. Entonces se sacaba a la puerta de acceso, o a una ventana, hasta que no pasaba el peligro. Las gentes afirman que «se abre», sin embargo de ello nadie me ha dado fe visual⁹.

EL BAÑO Y LA SACRALIZACIÓN DE LAS AGUAS

Cada tres de mayo, antes por la mañana y ahora por la tarde, tiene lugar en Caravaca la denominada «Procesión del Baño», acto central de las fiestas que, en honor a la Reliquia se celebran coincidiendo con la fiesta litúrgica (hoy suprimida por la Iglesia Católica, pero muy presente en la devoción popular) de la Invención de la Santa Cruz¹⁰. Antiguas ordenanzas festivas locales, vigentes hasta los primeros años del S. XX, prevenían que la tarde de la víspera se bajase procesionalmente la Reliquia a la Iglesia Mayor de El Salvador. Por la mañana de la fiesta se celebrase misa solemne e inmediatamente, siguiendo una carrera tradicional desde 1348, se llevase al lugar conocido con el nombre del «Humilladero de la Santa Vera Cruz», donde se bifurcan las aguas que riegan la huerta, en donde se bendecían las mismas con la inmersión en ellas de la Reliquia, devolviéndose Ésta a su templo de inmediato, para que todo el ceremonial concluyera antes de la hora de comer del citado tres de mayo¹¹.

8 Debo y agradezco la información a mi colega el Cronista Oficial de Onteniente D. Alfredo Bernabeu Galbis, quien hizo referencia a lo descrito en su artículo «Supersticiones y costumbres populares en el Onteniente del Setecientos». Onteniente, 1986.

9 MELGARES GUERRERO, José Antonio. **La Cruz de Caravaca en la vivienda y en la industria popular murciana**. En Rev. «Caravija» nº 16. Murcia, peña huertana «La Crilla», 2003.

10 De las tres fiestas litúrgicas que la Iglesia Católica celebraba en honor a la Cruz de Cristo: la Invención el tres de mayo, el Triunfo el 16 de julio y la Exaltación el 14 de septiembre, sólo permanece oficialmente reconocida esta última.

11 MELGARES GUERRERO, José Antonio. **Las fiestas de la Vera Cruz de Caravaca. Bases antropológicas e históricas**. Universidad de Murcia. Servicio de Publicaciones 1999.

La historiografía local¹², justifica este ritual históricamente por la petición que en el citado año 1348 hicieron los vecinos de Lorca y Totana para que se les enviase desde Caravaca agua en que hubiese sido bañada la Reliquia, para mezclarla con las que regaban sus tierras, para combatir una maligna plaga de langosta que acosaba sus campos esquilmando las cosechas. Sin embargo, el citado baño tiene raíces mucho más antiguas, de origen pagano, cristianizadas por la Iglesia Católica¹³, y que tenían que ver con la petición a divinidades paganas del agua de lluvia en época crucial para la maduración de las cosechas, principalmente de cereales. Aquel primitivo ritual basado en la magia homeopática o imitativa, dio como resultado, con el paso del tiempo, este nuevo ritual que viene celebrándose desde al menos el año 1384 como se ha dicho, y que ha dado lugar, también, al festejo de los Moros y Cristianos que lo arropa¹⁴.

OTRAS BASES ANTROPOLÓGICAS MENORES

Todo lo hasta aquí expuesto, narrado por los colonizadores a los indígenas, con el fin de ganar su voluntad, junto a puntuales y anecdóticos sucesos acaecidos durante las siempre difíciles travesías atlánticas, aumentaron el interés de aquellos por la iconografía caravaqueña.

En la fundación jesuítica de Caravaca (que como se ha dicho tuvo lugar en 1570), participó de manera definitiva el padre Alonso Sánchez, quien tras su estancia en el colegio caravaqueño fue destinado a Nueva España en 1579, desde donde partió, posteriormente, a Filipinas, y desde allí a China y Japón. El citado Sánchez, de regreso a España, contó al historiador local Juan de Robles Corbalán el suceso que éste recogió en su «Historia del Aparecimiento de la Stma. Cruz de Caravaca»¹⁵, según el cual «saliendo del puerto de Acapulco, en Nueva España, por el Mar del Sur, camino de Filipinas, una expedición de tres naves en una de las cuales él mismo viajaba, hubieron de hacer frente a una terrible tormenta por culpa de la cual fueron a pique dos de ellas, salvándose del hundimiento la que él ocupaba gracias a que descolgó en el cabo de una cuerda una cruz de estaño, de Caravaca, retocada a la Reliquia, que llevaba siempre colgada al cuello, la cual, arrojada al mar, evitó llegarán

12 ROBLES CORBALÁN, Juan de. **Historia de la cruz de Caravaca**. Madrid, 1615. CUENCA FERNÁNDEZ PIÑERO, Martín de. **Historia Sagrada de la Santísima Cruz de Caravaca**. Caravaca, 1722. MARÍN DE ESPINOSA, Agustín. **Memorias para la Historia de la Ciudad de Caravaca**. Caravaca 1856, entre otros.

13 MELGARES GUERRERO, José Antonio. **Las Fiesta de la Vera Cruz de Caravaca. Bases antropológicas e históricas**. Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 1999.

14 MELGARES GUERRERO, José Antonio. **Aproximación a la historia de la fiesta de Moros y Cristianos en Caravaca de la Cruz (Murcia)**. Actas del II Congreso Nacional de la Fiesta de Moros y Cristianos. Onteniente (Valencia), 1985.

15 Madrid, Casa de la viuda de Alonso Martín, 1615.

las olas a la embarcación y, repetido el acto, se aplacó la tempestad». El historiador caravaqueño aludido pone como testigo del suceso a un compañero de viaje de Sánchez: el hermano lego Bartolomé Alonso, residente cuando escribió Robles su «Historia» en el Colegio de Madrid. Del viaje de Alonso Sánchez a México en 1579, en compañía de otros doce jesuitas procedentes de otros colegios de España, deja constancia el «Catálogo de pasajeros a Indias. Siglos XVI, XVII y XVIII» de María del Carmen Galbis Diez¹⁶.

Otros relatos jesuíticos tienen como protagonistas al P. Esteban Paz, provincial en 1615 en Perú, quien también contó al historiador Robles Corbalán la devoción tan extendida ya en aquellas tierras a la Cruz de Caravaca, y «la estima en que se tenían las cruces a Ella retocadas»¹⁷; así como al P. José de Acosta, quien narra en su «Historia Moral de las Indias» (Cap. 27), que en la provincia de Charcas, también en Perú, un soldado español «de vida disoluta pero muy devoto de la Cruz de Caravaca», ante la sequía que experimentaba la tierra donde se encontraba, sugirió a los indios naturales del lugar llevar a cabo rogativas a la Vera Cruz que, una vez realizadas, proporcionaron «tan copiosa lluvia que los indios quedaron muy admirados, cobraron singular devoción a la Cruz y derribaron todos sus ídolos...»¹⁸. No es de extrañar que rogativas de esta naturaleza se celebraran en otros lugares como el conocido, con mayor o menor éxito que en el caso narrado.

Sería prolijo enumerar los nombres de sacerdotes y laicos caravaqueños, o residentes temporalmente en la ciudad, que fueron a las tierras de América a lo largo de los años en que se produjo la conquista, colonización y evangelización del Nuevo Mundo¹⁹, así como otros relatos parecidos a los descritos, relacionados con la Cruz de Caravaca, que sin duda influyeron no sólo en el conocimiento de su iconografía sino de los «milagros» que la Misericordia Divina obraba por su mediación. No es extraño, pues, que esta iconografía se prodigara, por tanto, desde México a la Patagonia, en innumerables edificios (formando parte de sus programas decorativos), así como en topónimos, leyendas y otros textos literarios de carácter popular, como he demostrado en diferentes trabajos de campo de reciente publicación²⁰.

Todo ello confirma que el conocimiento, culto y devoción a la Cruz de Caravaca en América Latina es una realidad a todas luces evidente, gracias a quienes desde diferentes puntos de vista llevaron a las tierras de allende los mares la noticia de su existencia y, sobre todo, de sus propiedades y poderes contra los elementos ante los

16 Madrid, 1986. Pág. 111.

17 ROBLES CORBALÁN, Juan de. Op. Cit. Pág. 31.

18 ROBLES CORBALÁN, Juan de. Op. Cit. Pág. 32.

19 Para ello ver nuestro trabajo **La Cruz de Caravaca en América** ya mencionado y los de Juan Bautista Vilar Ramírez, Pedro Riquelme Oliva y Francisco Candel Crespo ya referidos.

20 Por ejemplo **La Cruz de Caravaca en Cuba**. En diario «El Faro», Caravaca de la Cruz 24 y 31 de enero de 2006 y **La Cruz de Caravaca en México. Nuevas aportaciones**. Caravaca de la Cruz, Revista de Fiestas de la Vera Cruz, 2006.

que el hombre, por su propia mano, casi nada, o nada puede hacer. La narración de los rituales mencionados y pretendidos milagros, con la exageración que en algunos casos cabe suponer, propiciaron el mejor caldo de cultivo que se puede imaginar ante las perplejas comunidades indígenas, muy receptivas siempre con los temas relacionados con el «más allá».

Curiosamente, sin embargo, a pesar de que se pueden contar por decenas de miles quienes reconocen la particular iconografía de la Cruz de Caravaca en América Hispana, donde se comercializa su imagen en los más inverosímiles lugares, además de en los principales centros católicos de peregrinación, nadie o casi nadie sabe que Caravaca de la Cruz es una ciudad española, en la Región de Murcia. Es más, casi todos se encogen de hombros al preguntarle que es eso de «Caravaca de la Cruz».